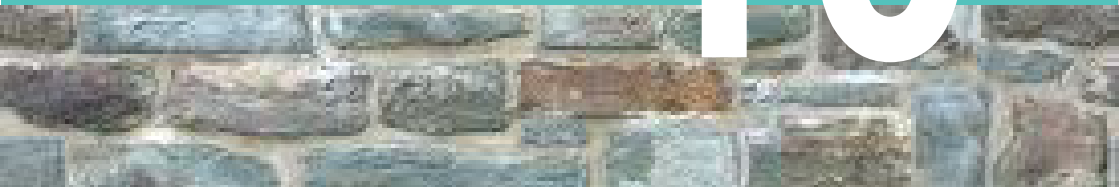


Orden Franciscana Seglar

Nuestra Regla y Vida

Itinerario Franciscano para la Formación
OFS Argentina 1998-2000
Reedición 2014

10



Texto de la Regla

Artículo 10.

Asociándose a la obediencia redentora de Jesús, que sometió a su voluntad a la del Padre, **cumplan fielmente las obligaciones propias** de la condición de cada uno, en las diversas circunstancias de la vida, y sigan a Cristo, pobre y crucificado, confesándolo aún en las dificultades y persecuciones.



Contemplación:

La obediencia a que estamos llamados es hija del mayor acto de libertad: el de Jesús, que al decir: “No se haga mi voluntad sino la tuya” nos ganó el Reino.

Esta obediencia es hija de la fidelidad. Pero en nuestro tiempo se difunde más cada día, el presentimiento de que es imposible el amor duradero. Se ve el amor como una llamarada fugaz, y muchos sienten escalofrío ante la idea de permanecer fieles de por vida a algo o a alguien. Esta dificultad para adquirir compromisos estables se debe al sometimiento del hombre de hoy al vértigo del afán de ganancias inmediatas y a la atencencia a las impresiones del momento, olvidándose de que toda vida verdadera es ENCUENTRO.

Una de las exigencias del encuentro es la paciencia. Y ser paciente no se reduce a tener aguante. El aguantar es propio de las columnas. El hombre está llamado a ser FIEL.

Fidelidad, al igual que confianza y confidencia, viene de la raíz latina FID (fe). (cfr. Alfonso López Quintás. “Vértigo y éxtasis”)

Porque creo en las promesas del Padre, que es el Todo Bien, el Sumo Bien, estoy dispuesto a ser fiel a mis promesas. Porque, en fe, creo que el Padre me regalará la mayor felicidad, obedezco sus mandatos. Me hago pequeño y disponible. Me anonado, para que Él crezca en mí.



para avanzar en la CONTEMPLACIÓN...

Señor, ayúdame a ser fiel con mis padres.
Ayúdame a ser fiel con mi esposo o esposa.
Ayúdame a ser fiel con mis hijos.
Ayúdame a ser fiel en mi trabajo, con mis amigos y parientes.
Que la gente pueda confiar en mi palabra,
que en mí no haya doblez ni segundas intenciones.
Que el hermano se acerque a mí y sienta,
junto a la ternura de mi corazón, la reciedumbre de mi voluntad.
Que sepa que digo si, cuando es si, y no cuando es no.
Como Tú me enseñaste con tu divino ejemplo. AMÉN

Esta fidelidad es necesaria para el seguimiento de Cristo, pobre y crucificado, seguimiento que se traduce en tres valores franciscanos inconfundibles: la pobreza, la humildad y el servicio hasta la cruz.

“No se avergüencen los hermanos de ser pobres, sino acuérdense de Nuestro Señor Jesucristo que fue pobre, y sin techo, vivió de limosna El y la bienaventurada Virgen y sus discípulos” (2 Cel. 85)

En el año 630, Heraclio, emperador de Bizancio, recubierto de ornamentos de oro y piedras preciosas, quiso atravesar la puerta que conducía al calvario, pero quedó como clavado en el lugar, sin poder avanzar. El obispo le hizo notar que su traje no era conveniente con la humildad con que Cristo había pasado ese umbral. Cuando el emperador se quitó el traje fastuoso y se descalzó, pudo recorrer el camino que faltaba.

Esta historia nos indica que no es posible acercarse al Crucificado, si antes no nos libramos de todas nuestras pretensiones de grandezas, de nuestros títulos, de nuestro orgullo y vanidad.



Cristo se humilló a sí mismo, tomando condición de siervo. Al decir, desde la cruz: "Todo se ha cumplido", Dios nos mostró su grandeza y poder, no asustándonos ni aniquilándonos, sino aniquilándose. Él doblegó el orgullo y la altanería humanas desde el interior. Mostrándonos la realidad de la cruz. La cruz es la tumba en la que se adentra todo orgullo humano. "El mismo, sobre el madero, llevó nuestros pecados en su cuerpo" (1P 2,24) Llevó nuestro orgullo en su cuerpo. Desde entonces, hemos sido constituidos humildes.

«La humildad está llena de esperanza, porque entreabre la nueva existencia basada en el don, el amor, la solidaridad, y no más sobre la competitividad, el arribismo, y la ventaja recíproca.» (Cantalamesa, Raniero: Predicamos a un Cristo Crucificado)

Seguir a Cristo hasta la cruz es seguir la obediencia perfecta, la que nace de la aceptación más pura: Padre, no deseo pasar por este dolor, pero que se haga lo que Tú quieres. Y Tú quieres que todos los hombres se salven. Tú quieres que ame hasta dar la vida porque es lo mejor para mí.

En el tiempo de los Apóstoles la cruz era oprobio y vergüenza, hoy es el lugar donde se ha cumplido el "misterio de la piedad".



Este árbol es para mí salvación eterna:
de él me alimento...

Por sus raíces hundo mis raíces, por sus ramas me expando,
me embriago de su rocío,
soy fecundado por su Espíritu, como de soplo delicioso.

Este árbol alimenta mi hambre,
es fuente para mi sed, abrigo para mi desnudez...

Este árbol es mi protección cuando temo a Dios, apoyo en mi debilidad,
premio cuando combato, trofeo cuando venzo.

Este árbol es para mí el sendero angosto y la vía estrecha,
la escala de Jacob, el camino de los ángeles,
en cuyo vértice está realmente "apoyado el Señor".

(Himno a la cruz de una homilía pascual del siglo II –
Fuente: Cantalamessa, Raniero. op. cit.)

ACTIVIDADES:

EL DISCIPULADO, UN ENCUENTRO, UN APRENDER “SUI GENERIS”

(J. Vaughn. “Selecciones de franciscanismo”)

Si recordamos que la palabra **discipulado** se deriva del latín “discere”, que significa APRENDER, tendremos que reconocer de inmediato que el “aprender” en nuestro caso tiene un sentido propio y típico, distinto del habitual. En efecto, habitualmente entendemos por aprender un modo de adquirir el saber: saber como conocimiento técnico; saber, aprendido de otro o adquirido por medio de la experiencia; saber, a su vez, transmisible; saber, que se convierte en poder. La cantidad y la calidad del saber crean enseguida una jerarquía: el que sabe más se considera “superior”; “el que sabe menos es inferior”. Quien sabe más es “profesor”; quien sabe menos es “alumno”. El que sabe más se siente “seguro”; el que sabe menos se siente “inseguro”. La cima de esta escala del aprender se habrá alcanzado cuando uno ya no tenga necesidad de otro que le enseñe el “know how”(la destreza, habilidad o pericia) del saber.

Totalmente diverso es el significado del aprender en el contexto de Cristo. Aquí no se trata de un aprendizaje en sentido nocional o en un sentido cuantitativo que lleva a jerarquías de poder cultural. Nuestro discipulado no es una valoración de las cualidades meramente humanas. Es simple y exclusivamente, un ENCUENTRO. Encuentro en el que hemos sido golpeados por una llamada, fruto de una predilección anterior a toda iniciativa nuestra. Hemos sido llamados por la libre elección del Dios de Jesucristo, que nos ha amado primero. A esta iniciativa se refiere san Francisco cuando dice: “Si alguno, queriendo por divina inspiración tomar esta vida, viniere...” (1 R 2,1).

También aquí hay una búsqueda, una búsqueda absoluta de aprender, de saber, de ver qué es, cómo es, cómo hacer; de enseñarse, de experimentar, de caminar; nos ejercitamos; escuchamos para com-



prender, y todo en coherencia con el compromiso que hemos asumido de obediencia absoluta a aquel a quien seguimos: JESUCRISTO.

Nuestra búsqueda no es otra cosa que el encuentro con Jesucristo, cuerpo a cuerpo, participación en su modo de ser, identificación de nuestro modo de ser con su vida, su persona, su Evangelio.

Esta realidad del encuentro introduce en el aprender del discípulo una seriedad existencial de compromiso que podríamos llamar “mortal”, es decir, una decisión de vida y muerte, por cuanto “aprender” de Jesús es seguirlo realmente dondequiera que vaya; si llega el caso, hasta la muerte.

Aprender, en definitiva, es aquí algo muy distinto de conocer o instruirse; es seguimiento sin tergiversaciones, reservas ni condiciones...

...El discípulo cultiva siempre y en cualquier situación la obediencia (la ob audientia). Se mantiene siempre en actitud de escucha. Escucha y obedece a todos y a todo en la búsqueda continua de la mejor interpretación de la voluntad de Dios que se manifiesta en todos y en todo. “La santa obediencia... tiene mortificado su cuerpo para que obedezca al espíritu y para que obedezca a su hermano, y está sujeto y sometido a todos los hombres que hay en el mundo, y no sólo a los hombres, sino también a todas las bestias y fieras, para que puedan hacer de él todo lo que quisieren, en cuanto les fuere concedido desde arriba por el Señor” (Sal. Vir. 14-18).

La obediencia del discípulo se distingue netamente de la simple obediencia de ejecución. En ésta no se encuentra el elemento que es esencial para el discípulo, es decir, el aprender. La obediencia de ejecución es casi únicamente un acomodamiento. Le falta aquella actitud



del discípulo que es la reverencia a la autoridad del Maestro, la fe, la abnegación o negación de sí mismo, la consideración de la realidad. La obediencia de ejecución se convierte fácilmente en obediencia ciega, propia del hombre esclavizado. O, por el contrario, degenera en sumisión muerta y en pereza desoladoramente acrítica, sin participación ni tensión.

Sería una equivocación fatal valorar como obediencia de ejecución aquella que san Francisco parangonó con la de un cadáver (2 Cel. 152). Sería como degradarla y reducirla a perversión religiosa. La intensidad de la escucha del discípulo de la que hemos hablado, no tiene nada que ver con las formas de fanatismo obediencial de las sociedades y naciones con régimen despótico.

Si nos esforzamos en ir más allá de las palabras, podremos comprender que la obediencia "cadavérica" está sencillamente en relación con la donación de sí mismo, absoluta y generosa, hecha en la fe y el amor, a Cristo y a Cristo CRUCIFICADO. La tensión total de la obediencia dice la disponibilidad del discípulo a acompañar a Cristo hasta Jerusalén, es decir, hasta la cruz.

La obediencia "de escucha" acepta todas las órdenes, provengan de donde provengan; más aún, casi antes de que hayan sido expresadas, las acoge dentro de la perspectiva de la comprensión de la voluntad del Maestro confiada a esas órdenes. Esta obediencia introduce en el discípulo un verdadero dinamismo de creatividad que le permite ir, con la mayor adhesión, al encuentro de las intenciones del Padre".





PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN:

1. Compartir qué conceptos nos han quedado sobre el significado de: “ser discípulos de Cristo”, “la obediencia”, “seguir a Cristo pobre y crucificado”.
2. ¿Puedo confesar mi fe en Dios aún en medio de dificultades o persecuciones?
3. ¿Cuál es el sentido último de ser fiel y obediente?
4. ¿Cómo cultivo esta fidelidad-obediencia (escucha)?

DESDE LA ESPIRITUALIDAD FRANCISCANA:

La imitación del Crucificado

Si a Francisco se le hubiera preguntado, por el motivo de su extraordinaria ascesis, inmediatamente hubiera señalado sin duda al Crucificado. Como en todo lo demás, también aquí la contemplación de la vida del hombre-Dios Jesucristo y la escucha de su palabra inspiraron sus actitudes ascéticas. Era para él razón más que suficiente para obrar de idéntica manera: «Reparemos todos los hermanos en el buen Pastor, que por salvar a sus ovejas soportó la pasión de la cruz. Las ovejas del Señor le siguieron en la tribulación y la persecución, en el sonrojo y el hambre, en la debilidad y la tentación, y en todo lo demás; y por ello recibieron del Señor la vida sempiterna» (Adm 6.). Cristo, pobre y despreciado, crucificado, que invita a los hombres a irritar, o más bien, a reproducir, su vida, fue para Francisco el más poderoso incentivo para una vida de penitencia y mortificación.

La cruz de Cristo había sellado enteramente su vida: «Con ardoroso amor llevaba y conservaba siempre en su corazón a Jesucristo, y éste crucificado» (1C 115). Y la cruz, áspera y pesada, la llevaba clavada en lo más profundo de su corazón: «Todos los afanes del hombre de Dios, en público como en privado, se centraban en la cruz del Señor» (3C 2). «Estaba siempre contemplando el rostro de su Cristo; estaba siempre acariciando al varón de dolores y conocedor de todo quebranto» (2C 85). Así se iba robusteciendo en él día tras día su unión con Jesús crucificado, y esa unión viva iba transformando la vida de nuestro santo. La participación en la pasión de Cristo le hacía ver su propia vida con una luz enteramente nueva» (2C 127). Tomás de Celano se encargará de evocar los extremos que alcanzaba tal transformación: «Francisco estaba ya muerto al mundo y Cristo vivía en él. Los placeres del mundo le eran





cruz, porque llevaba arraigada en el corazón la cruz de Cristo» (2C, 211). «Todo anonadado, permanecía largo tiempo en las llagas del Salvador» (1C, 71). La pasión de Cristo constituía, pues, el centro de su vida y la cruz de Cristo la regla de su conducta. De manera que su única aspiración se resumía en configurarse a la imagen de Cristo crucificado por la renuncia a sí mismo y la mortificación. En él se cumplió una de sus expresiones favoritas, eco de un axioma fundamental de su vida: «Tenemos que amar mucho el amor del que nos ha amado mucho» (2C 196).

Lo que con gran acierto supo participar a sus hermanos por el testimonio de su conducta, supo también expresarlo en sus enseñanzas. Cuando por vez primera planeó por escrito el género de vida que habían de llevar sus hermanos, les asignó como meta «seguir la doctrina y las huellas de nuestro Señor Jesucristo», inspirándose para ello en las palabras del Señor: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame» (1R 1,1.3).

Más prolijamente exhorta a sus hermanos: «Pres-temos atención todos los hermanos a lo que dice el Señor: Amen a sus enemigos y hagan el bien a los que los odian, pues nuestro Señor Jesucristo, cuyas huellas debemos seguir, llamó amigo al que lo entregaba y se ofreció espontáneamente a los que lo crucificaron. Son, pues, amigos nuestros todos los que injustamente nos causan tribulaciones y angustias, sonrojos e injurias, dolores y tormentos, martirio y muerte» (1R 22,1-3). Y al darles sus últimos consejos desde su lecho de muerte., les amonesta de forma apremiante «a seguir perfectamente las huellas de Jesús crucificado» (Lm 7,4). Con estas palabras breves, pero incisivas, que jalonaron toda su vida y la de sus hermanos, establecerá los fundamentos evangélicos sobre los que habrán de edificar seguidamente los hermanos menores su vida de penitencia.

Fuente: Esser, K. "Temas Espirituales"

Oración:

Inclina tu oído, Señor, escúchame,
que soy un pobre desamparado;
protege mi vida, que soy un fiel tuyo;
salva a tu siervo, que confía en ti.

Tú eres mi Dios, piedad de mí, Señor,
que a ti te estoy llamando todo el día;
alegra el alma de tu siervo,
pues levanto mi alma hacia ti;

porque tú, Señor, eres bueno y clemente,
rico en misericordia
con los que te invocan.
Señor, escucha mi oración,
atiende a la voz de mi súplica.

En el día del peligro te llamo,
y tú me escuchas.
No tienes igual entre los dioses, Señor,
ni hay obras como las tuyas.

Todos los pueblos vendrán
a postrarse en tu presencia, Señor;
bendecirán tu nombre:
«Grande eres tú, y haces maravillas;
tú eres el único Dios».

Enséñame, Señor, tu camino,
para que siga tu verdad;
mantén mi corazón entero
en el temor de tu nombre.

Te alabaré de todo corazón, Dios mío;
daré gloria a tu nombre por siempre,
por tu gran piedad para conmigo,
porque me salvaste
del abismo profundo.

Dios mío, unos soberbios
se levantan contra mí,
una banda de insolentes
atenta contra mi vida,
sin tenerte en cuenta a ti.

Pero tú, Señor,
Dios clemente y misericordioso,
lento a la cólera, rico en piedad y leal,
mírame, ten compasión de mí.

Da fuerza a tu siervo,
salva al hijo de tu esclava;
dame una señal propicia,
que la vean mis adversarios
y se avergüencen,
porque tú, Señor,
me ayudas y consuelas.

(Salmo 85)

